

 **T**eddy Mathison salió con decisión de su limusina y se sumergió en una marea humana formada por entusiastas admiradores y enloquecidos periodistas. Mientras se abría paso hacia la batería de micrófonos apostada a las puertas del Walt Disney Concert Hall —espectacular logro arquitectónico de Frank Gehry, con ondulantes curvas plateadas—, un alarido surgió del grupo de fans adolescentes que desde hacía un tiempo lo acompañaban en todos los actos de campaña. La prensa les había apodado «las hijas de Teddy».

Este día, este gentío y este edificio eran el marco perfecto para este candidato, ya célebre por su carisma fuera de lo común. Seguridad creó un pasillo para Teddy, que atendió efusivamente a la gente de ambos lados, sonriendo, saludando o estrechando manos sin detenerse, y firmando apresuradamente los objetos y papeles que le iban poniendo delante a su paso.

Contemplando el alboroto desde la acera, Judith Mackey, una mujer morena de unos cuarenta años y llena de energía, no pudo evitar maravillarse. Desde que Teddy lanzara su guante para convertirse en el candidato de su partido al Senado estadounidense, había cosechado idéntico éxito en todas sus aparicio-

nes públicas. Su astuta jefa de campaña, Judith –que pudo haber dirigido un estudio cinematográfico, pero prefirió dedicarse al mundo todavía más despiadado de la política–, supo que tenía ante ella a un ganador en el mismo instante en que Teddy accedió a presentarse a los comicios. No sólo era un prestigioso abogado defensor, sino que además tenía el atractivo de una estrella de cine y la cualidad de decir lo apropiado en el momento oportuno. Por añadidura, poseía el «factor clave»: los hombres querían estar a su lado y, las mujeres, un hijo suyo.

A pesar de esto, Judith sabía perfectamente que en condiciones normales Teddy no estaría donde estaba ahora. Lo lógico habría sido que, mediante unas elecciones internas, el propio partido hubiese elegido a un nuevo candidato cuando el influyente Fitz Brady cayó repentinamente enfermo del corazón. Hacía años que otros congresistas aspiraban a sustituirlo. Sin embargo, el senador Brady, un espíritu libre que siempre iba a su aire, sorprendió a todos convocando unas primarias a finales del verano, para que los votantes decidieran por sí mismos quién debería optar a representarlos como aspirante al Senado. Y, aunque Teddy Mathison fuera nativo del Estado, Judith albergaba un temor con respecto a su candidatura.

Ahora, uno de sus ayudantes le entregaba los resultados de las últimas encuestas y sus temores se confirmaban.

 Respirando a grandes bocanadas, Teddy ascendió por la cuesta de Nob Hill rodeado de los otros candidatos y escoltado por una corte de fotógrafos. Tal vez Teddy se deleitase con la atención que recibía, pero su jefa de campaña ya estaba mareada. Que Teddy estuviera participando en la carrera de diez kilómetros organizada por la Asociación de Mujeres con Cáncer de Mama había sido idea de Judith. Sin duda, el aspecto físico del candidato y su poderoso halo actuaban para muchas como un afrodisíaco, pero su endurecida jefa de campaña sabía que esas mismas cosas también provocaban recelos en otras. Eventos como la carrera contra el cáncer o su futura aparición ante la junta de mujeres afiliadas al partido en San Diego se orientaban a mostrar a un Teddy sensible y solidario con los asuntos y preocupaciones de las votantes.

—No puedo creer que me hayas hecho hacer entrevistas telefónicas durante la carrera —dijo Teddy colocándose sus auriculares mientras subía la colina.

—¿Tan agotado te dejé anoche? —susurró Judith a su teléfono móvil, mientras observaba la resplandeciente imagen de Teddy en un monitor situado junto a la línea de llegada.

–¡Ya estás como siempre! –bromeó Teddy, al tiempo que hacía un gesto levantando el pulgar ante una de las cámaras–. Haciendo chistecitos acerca de nuestros «pequeños pasatiempos». Y, por cierto, te agradecería que después de hacerlo te quedaras tumbada, al menos un rato, sin hablar de las últimas encuestas.

La jefa de campaña ojeó un informe que le entregaban.

–Claro, igual que lleváis haciendo vosotros, los hombres, desde hace miles de años, ¿verdad? Pues llámame «conversa». Los tiempos cambian rápido, y nosotras tenemos que movernos aún más deprisa. Las atenciones poscoito son un lujo que difícilmente podemos permitirnos –firmó el informe y se lo tendió a un ayudante.

–Bueno, ¿y qué me dices si, para ir más deprisa, pasamos por alto esas peticiones de que aguante un poquito más que me susurras al oído mientras lo hacemos? –siguió bromeando Teddy, mientras le dedicaba una sonrisa marca de la casa a un grupo de mujeres que gritaban su nombre–. ¿Son una especie de afrodisíaco para ti o las haces para mantenerte ocupada?

–¿Qué puedo decir? –dijo Judith encogiéndose de hombros–. Soy «multifuncional». Y ahora, ¿prefieres oír la buena noticia o la mala?

–Ninguna –gruñó Teddy sonriendo a tres atractivas espectadoras que sostenían un póster de su cam-

paña-. Tengo que concentrarme en el público. Quizá encuentre a mi pareja ideal.

-¡Tú y tus parejas! ¡Por favor! -clamó Judith mirando primero a los equipos de reporteros y luego a su reloj-. No estás hecho para eso, Teddy. Y en ello se esconde gran parte del perverso atractivo que ejerces sobre las mujeres.

-No te compro esa idea -replicó Teddy moviendo la cabeza-. Solamente necesito la mujer adecuada. Pero la cuestión es si verdaderamente existe.

-Sabe Dios, porque lo que no existe es el hombre adecuado -murmuró Judith, distraída con el e-mail que estaba enviando-. ¿O sea que para qué iba *Ella* a haber creado a una mujer adecuada?

-¿Tú crees que Rove incordiaba así a Bush cuando él estaba en campaña? -suspiró Teddy.

-Y también después -lo pinchó Judith, chequeando un mensaje en su BlackBerry-. La pareja, Teddy, es para otra clase de gente: la que está dispuesta a renunciar a cosas; la gente que se establece. Tú y yo vivimos en otro mundo. No somos gente con ataduras, no se nos puede tener amarrados -echó un vistazo a la nota que le entregaba un ayudante, asintió con la cabeza y se la volvió a entregar-. Y eso es lo que nos evita suscribir compromisos locos que no tenemos ninguna intención de cumplir -hizo una pequeña pausa-. A no ser, claro está, que nos diera más votos. En tal caso, ¡al diablo con todo!

–Una jefa de campaña sexy y sin escrúpulos –festejó Teddy–. ¿Cómo voy a perder?

–De un modo –avisó Judith, trayendo a colación sus preocupaciones sobre los datos recientes–. Los últimos informes muestran que tienes una ventaja de catorce puntos sobre Emerson, y de diecisiete sobre Hoyt.

–¡Guau! –exclamó él, saludando a sus partidarios de la acera–. ¿Qué puede haber de malo en esa noticia?

Judith se volvió y vio a un padre que llevaba a hombros a su hijo, esperando el final de la prueba.

–Tus números en valores familiares están bastante bajos. Seguramente se debe a tu divorcio. Por alguna razón perversa, a la gente le gusta ver a sus políticos casados. La cosa es que... tienes que permitirme...

–¡No! –la interrumpió él sabiendo lo que iba a decir.

–Pero, Teddy...

–He dicho que no.

–Es tu hija, por favor –suplicó Judith–. Deja que la gente vea unas cuantas fotografías tuyas haciendo de buen padre, comprándole un helado, montando juntos en bicicleta por la playa. ¿Es que eso va a matarte? Las mujeres se tragan eso al instante.

Un jubiloso alarido recibió a Teddy cuando llegó a la altura de un grupo con una pancarta a su favor. Él apretó el puño.

–No vamos a sacar a Zoe en los desfiles políticos para ganar unos cuantos votos –masculló tras el camuflaje de sus sonrisas–. Tiene trece años, Judith. Eso queda fuera de los límites. ¿Entendido?

Judith frunció el ceño y negó con la cabeza.

–Estás cometiendo un gran error.

–¿Judith...? –espetó amenazante él, recuperando el ritmo al coronar la cuesta.

–Sí –contestó ella con brusquedad, poco acostumbrada a perder–. Entendido.

–Bien –afirmó Teddy lanzándose hacia la meta–. Y ahora averíguame quién es esta rubia que lleva una camiseta de Stanford y que va corriendo justo delante de mí.

Judith consiguió otear a la impresionante veinteañera que venía completando el recorrido.

–Olvidalo, nunca le podrías seguir la marcha –dijo para fardidiarle, antes de apagar y cerrar su teléfono.

Tras cruzar la meta, cubierto de sudor, disfrutando de los aplausos y felicitaciones de los organizadores, Teddy entregó sus auriculares a un asistente, posó ante las cámaras y bromeó con el público. Mientras se retiraba secándose con una toalla, vio a la rubia a pocos pasos. Ella le estaba mirando abiertamente, y su escultural cuerpo brillaba por el esfuerzo recién realizado. Teddy, poniendo una sonrisilla y aún falto de aliento, asintió con la cabeza

devolviéndole la mirada. Estaba a punto de acercarse a la rubia, cuando un ayudante llegó corriendo con el brazo extendido, ofreciéndole un teléfono móvil.

–Es para usted –dijo el joven–. Parece muy importante.

A regañadientes, Teddy dio la espalda a la chica e hizo algo de lo que inmediatamente se arrepentiría: respondió a la llamada.

 **A**l otro lado del aparato, su hermana Joanna alzaba su estridente voz.

–Está peor del alzheimer. Vamos a llevárnosla ya de veraneo a la isla. Tienes que dejar todo lo que estés haciendo y venir inmediatamente.

–Oye, Jo, justo ahora no es buen momento...

–¿Nunca es buen momento para llamarte, verdad, Teddy?

Él saludó con el brazo a sus admiradores y levantó el pulgar hacia las cámaras.

–Lo que necesita es que su único hijo se acerque de una puñetera vez a Nantucket y pase un poco de tiempo con ella antes de que nos haya dejado –dijo Joanna con acritud–. Está perdiendo el contacto con el mundo, Teddy.

–No puedo creerme que me estés pidiendo eso, Joanna –contestó Teddy girándose y sorprendiendo a Judith y a sus ayudantes mirándolo con gesto preocupado por la llamada–. Sabes de sobra lo que siento por ella.

Teddy hizo una seña a su jefa de campaña para indicarle que no se trataba de ningún asunto grave. Bien sabía él, sin embargo, lo lejos que estaba eso de ser cierto.

–No te estoy pidiendo nada, Teddy –replicó ásperamente su hermana–. El tiempo de hacerte peticiones hace mucho que pasó.

Teddy observó las sugestivas aguas de la bahía de San Francisco.

–Es increíble lo que estás haciendo por ella, Jo –dijo mientras una niña venía hacia él con papel y lápiz–, pero, mira, cada uno tomamos nuestras decisiones... –Se agachó para firmar el autógrafo y acarició a la niña en la cabeza, sin perder de vista ni un instante las cámaras que lo apuntaban.

–¡Así es! –gritó Joanna–. Unos cuidamos de las personas a las que queremos y otros se alejan varios miles de kilómetros para no tener que hacerlo.

–Joanna –dijo Teddy en tono conciliador, intentando aplacarla–. ¡Sé razonable! Estoy en plenas elecciones primarias. Tu hermano pequeño puede ser el próximo senador por California. ¿Es que eso no importa? Quizá lo que necesites sea contratar a una enfermera a tiempo completo. No te preocupes por el dinero.

–¿Pero en qué mundo vives? –le cortó Jo–. Te estoy diciendo que nuestra madre está perdiendo el sentido de la realidad, Teddy. ¡Es también tu madre, te guste o no! No pienso darte las gracias por tu dinero e irme como si hubieras cumplido.

–Jo, escúchame... –suplicó Teddy, sintiendo que estaba perdiendo la batalla.

—¡No, escúchame tú a mí! Mi matrimonio necesita atención y no recuerdo cuándo fue la última vez que tuve un día libre. Estoy agotada del todo y ella nos necesita. Así que te vas a venir ahora mismo a Nantucket y vas a pasar dos semanas con ella, o yo te...

—¡Venga, Jo, que ya no somos niños! —replicó Teddy en tono sarcástico—. ¿O qué piensas hacerme, dejarme sin helado, como solías?

—No, ahora he aprendido a hacer cosas mejores —contestó Joanna con voz gélida—. ¿Has oído hablar de ese pajarraco candidato a senador por California, de ése que no se molesta ni en acercarse al lecho de su madre enferma de muerte? ¿Tú qué piensas, Teddy? —amenazó—. ¿Crees que podría haber algún periodista al que le interesara la historia?

—¡Por amor de Dios, Joanna, soy tu hermano! —dijo Teddy verdaderamente abrumado.

—Procura estar en la isla este fin de semana, Teddy, o llamaré a la CNN, a la Fox y al *USA Today*. Y no te gustará mucho.

—¡Joanna!

—Este fin de semana o atente a las consecuencias —le previno—. Por una vez en tu vida, Teddy, ¡acude!

 De vuelta en Los Ángeles, Teddy paseaba por la bella franja de arena conocida como Malibu Colony. Judith lo seguía. Y lo que les había traído aquí no eran los edificios de arquitectura clásica ni moderna de esta exclusiva y residencial primera línea de playa. Con el curso de los años, Teddy había descubierto que este trecho de costa tenía para él un atractivo casi mágico. Aquí es donde, cuando tenía que hacerlo, preparaba su alegato final ante un jurado o ponderaba las decisiones importantes de su vida. La tranquilidad, la arena en los pies desnudos y esa gloriosa vista del océano le ayudaban a pensar con claridad; cosa que le resultaba ardua en estos tiempos.

—No me estás oyendo —le dijo Judith zigzagueando para evitar la espuma de las olas—. Piénsalo de esta forma: «Candidato cancela los actos de su campaña para correr junto a su pobre madre que se está muriendo.» Quiero decir, es horrible que esté enferma, pero ¿no sería una broma desperdiciarlo? Con esa historia y unas cuantas fotos, tus índices de aceptación en «valores familiares» subirían hasta la estratosfera.